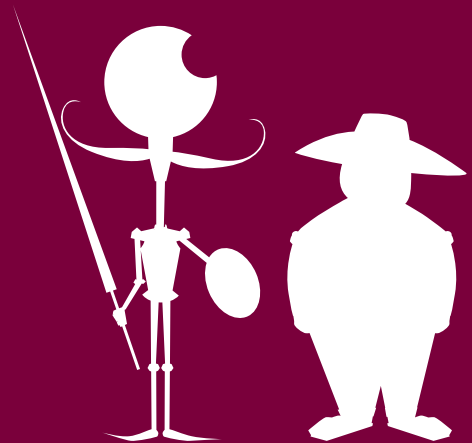


A estas alturas de 2005, todos estamos al cabo de la calle de que hace cuatrocientos años un escritor con bastante mala suerte publicó la historia de un hidalgo con anacrónicas y desfasadas pretensiones de caballero andante. Tal personaje se convirtió, pasados los años y hasta los siglos, en el protagonista de la historia más veces repetida y contada en todo el mundo, hasta el punto de que sólo *La Biblia* compite con nuestro caballero en traducciones y ediciones.

Nuestro caballero y su escudero se lanzaron a recorrer tierras para desfacen entuertos, ilusionados por contribuir a crear un mundo más justo en el que los más nobles ideales encontrarán su asiento. Vencido por la realidad, nuestro caballero acabó y, al poco, le sucedió su autor. Uno y otro siguen derrotando a la realidad cuando alguien coge sus historias y vuelve a leer sus afanes y esfuerzos. Entonces, don Quijote y su fiel Sancho toman nueva vida y prosiguen sus cabalgadas por páginas y llanuras, montes y renglones.

Y a eso es a lo que invita el CEPLI, a retomar la genial novela y sin prejuicios, engolamientos ni temores lanzarnos a la aventura en compañía de esta obra maestra olvidándonos de que lo es. Quizás terminemos por darnos cuenta en el trayecto, pero no es eso lo que más importa. Lo que importa es que a través del famoso episodio de Maese Pedro podemos pensar con lectores de segundo ciclo de ESO, quizás también con los de 1º de Bachillerato, sobre la realidad y la ficción, ver surgir mundos extraños en medio de otros aparentemente normales y descubrir cuánto hay de disfraz y de apariencia en ese titerero tan cuerdo que responde al nombre de Maese Pedro, pero que ni es ese su nombre, ni es titerero, ni es tuerto y, además, su mono no es adivino. Por si fuera poco, tampoco sus historias son verdaderas. Vamos, como la vida misma.



## Hidalgos, cómicos y escuderos. Maese Pedro y su retablo

Guía para iniciarse  
en la lectura de *El Quijote*

Elaborada por:  
**M<sup>a</sup> Carmen Utanda**  
**Pedro C. Cerrillo**  
**Ángel Luis Mota**  
**Cristina Cañamares**  
**Juan Senís**



# Hidalgos, cómicos y escuderos. Maese Pedro y su retablo

Guía para iniciarse  
en la lectura de *El Quijote*

Elaborada por:

**M<sup>a</sup> del Carmen Utanda**

**Pedro C. Cerrillo Torremocha**

**Ángel Luis Mota**

**Cristina Cañamares Torrijos**

**Juan Senís Fernández**

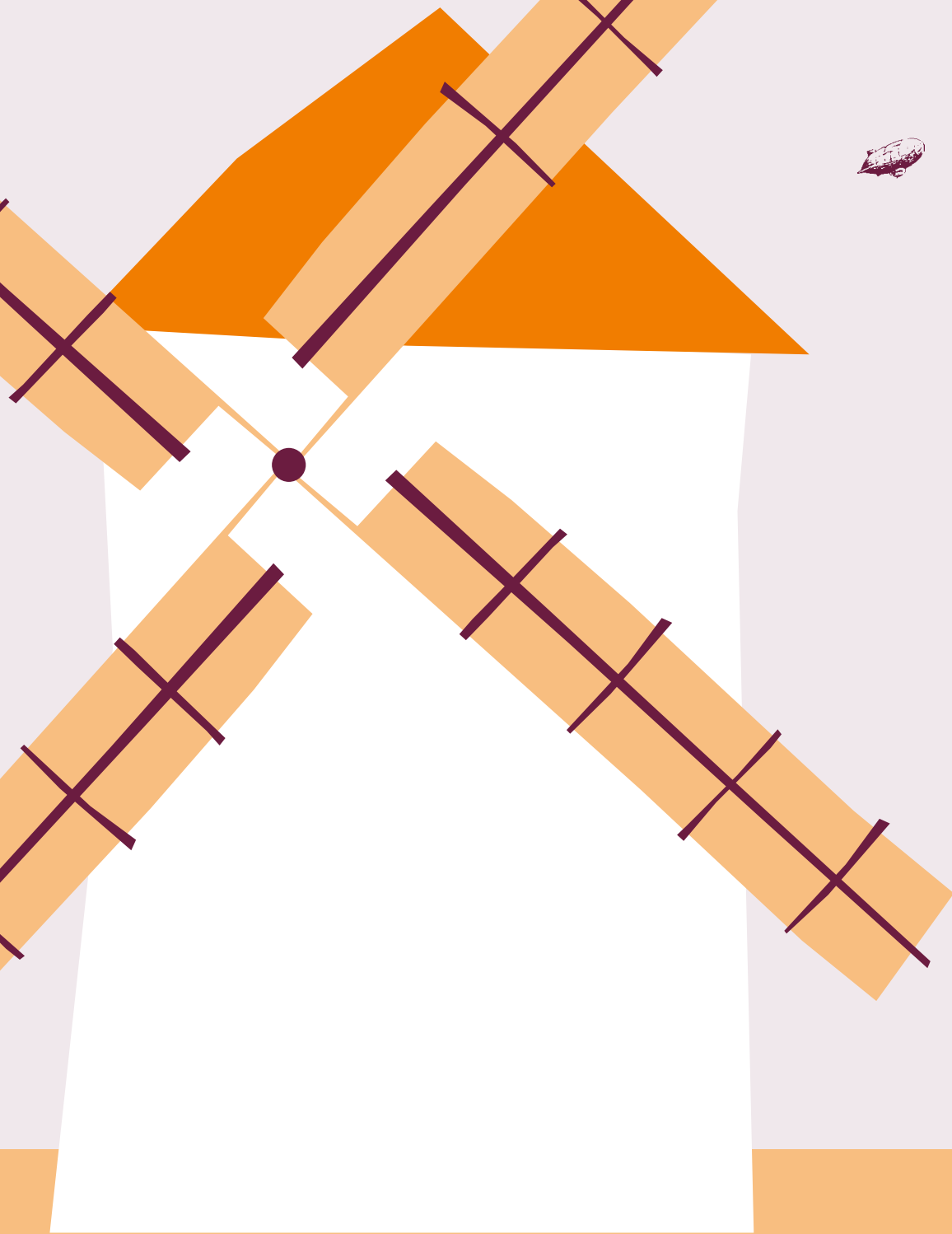
Coordinación:

**Carlos Julián Martínez**

Diseño y maquetación:

**José Antonio Perona**

Cuenca, 2005



# Hidalgos, cómicos y escuderos. Maese Pedro y su retablo

Guía para iniciarse  
en la lectura de *El Quijote*





## ÍNDICE

<b>1.</b>	<b>Cervantes, su obra y su “circunstancia”</b> .....	<b>7</b>
1.1.	La Edad de Oro. ....	7
1.2.	Oro sobre Oro. ....	8
1.2.1.	Cervantes. ....	8
1.2.2.	<i>Don Quijote</i> . ....	9
<b>2.</b>	<b>Antes de la lectura</b> .....	<b>11</b>
2.1.	La aventura de leer el <i>Quijote</i> . ....	11
2.2.	La aventura de leer un episodio del <i>Quijote</i> . ....	14
<b>3.</b>	<b>Lectura del episodio de Maese Pedro y su retablo</b> .....	<b>19</b>
<b>4.</b>	<b>Después de la lectura</b> .....	<b>21</b>
4.1.	Propuestas generales. ....	21
4.1.1.	La lengua. ....	22
4.1.2.	La ficción dentro de la ficción. ....	24
4.2.	Propuestas particulares .....	25
4.2.1.	Personajes principales: Don Quijote y Sancho. ....	25
4.2.2.	Otros personajes: Maese Pedro y sus industrias. ....	27
<b>5.</b>	<b>Actividad final</b> .....	<b>30</b>



# 1

## Cervantes, su obra y su “circunstancia”

### 1.1. La Edad de Oro

Cuando la primera parte del Quijote se publica en 1605, su aparición viene a caer por casualidad casi en mitad de lo que se suele llamar Edad de Oro de la literatura española, o también Siglo de Oro, o (con mayor exactitud) Siglos de Oro, porque en realidad son dos: el XVI y el XVII. Como una brillante bisagra que separase dos radiantes estancias, la anterior y la por venir, a caballo entre dos siglos aparece encaramado sobre el lustroso jumento de la prosa cervantina nuestro hidalgo don Quijote, broche de oro para una centuria e inmejorable preámbulo para la otra.

Si en el siglo XVI la poesía había conocido cotas tan altas como las de Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz, y la novela no le iba a la zaga —recordemos el *Lazarillo de Tormes*—, entre los dos siglos escriben Cervantes y Lope de Vega, fabricante de comedias y versos, y un poco más adelante serán Luis de Góngora y Francisco de Quevedo quienes nos regalen sus poemas, mientras Calderón y Tirso escriben comedias y autos sacramentales.

Pero no sólo es la literatura la que dora estos siglos. ¿Quién puede olvidar los lienzos de Velázquez, de Zurbarán o Ribera? ¿Quién la imaginería de Pedro de Mena o de Gregorio Fernández? Las notas de Tomás Luis de Victoria o Francisco Guerrero son la banda sonora para una época en la que no hay que excavar galerías subterráneas ni sondear un río para hallar dorados tesoros: aquí sí que es oro todo lo que reluce.



## **1.2. Oro sobre Oro**



### **1.2.1. Cervantes (1547–1616)**

Miguel de Cervantes Saavedra viajó mucho en su juventud y vivió en diferentes ciudades españolas hasta que a los 22 años tuvo problemas con la justicia y embarcó hacia Italia donde se puso al servicio del cardenal Acquaviva y al año siguiente se alistó en el ejército español de Italia.

Participó en las batallas de Chipre y en la de Lepanto; en esta última perdió el movimiento del brazo izquierdo, por lo que también se le conoció como “el manco de Lepanto”.

Ascendido a Capitán, y cuando volvía a España en la galera Sol, fue apresado por los turcos y pasó cinco años de cautiverio en Argel, donde se distinguió por su valentía al intentar escapar varias veces. Finalmente fue rescatado por los monjes trinitarios por 500 escudos.

Vuelto a España, se instaló en Madrid y persiguió el éxito teatral. Mantuvo relaciones con una actriz de teatro de cuyo amor nació su hija Isabel de Saavedra, casándose poco después con Catalina Salazar. Recorrió España como recaudador de impuestos para la Armada Invencible y fue acusado de desfalco, por lo que acabó en varias ocasiones en prisión. En esta época escribió la primera parte del *Quijote* publicada en 1605.

Vivió varios años en Valladolid con su hija y dos de sus hermanas; en esta ciudad, nuevos problemas lo conducen junto con su familia otra vez a la cárcel por un breve espacio de tiempo.

De vuelta a Madrid, desarrolla una intensa actividad literaria que culminó con la segunda parte del *Quijote* y su obra póstuma, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, acabada cuatro días antes de su muerte (23 de abril de 1616, fecha en la que también murió William Shakespeare).

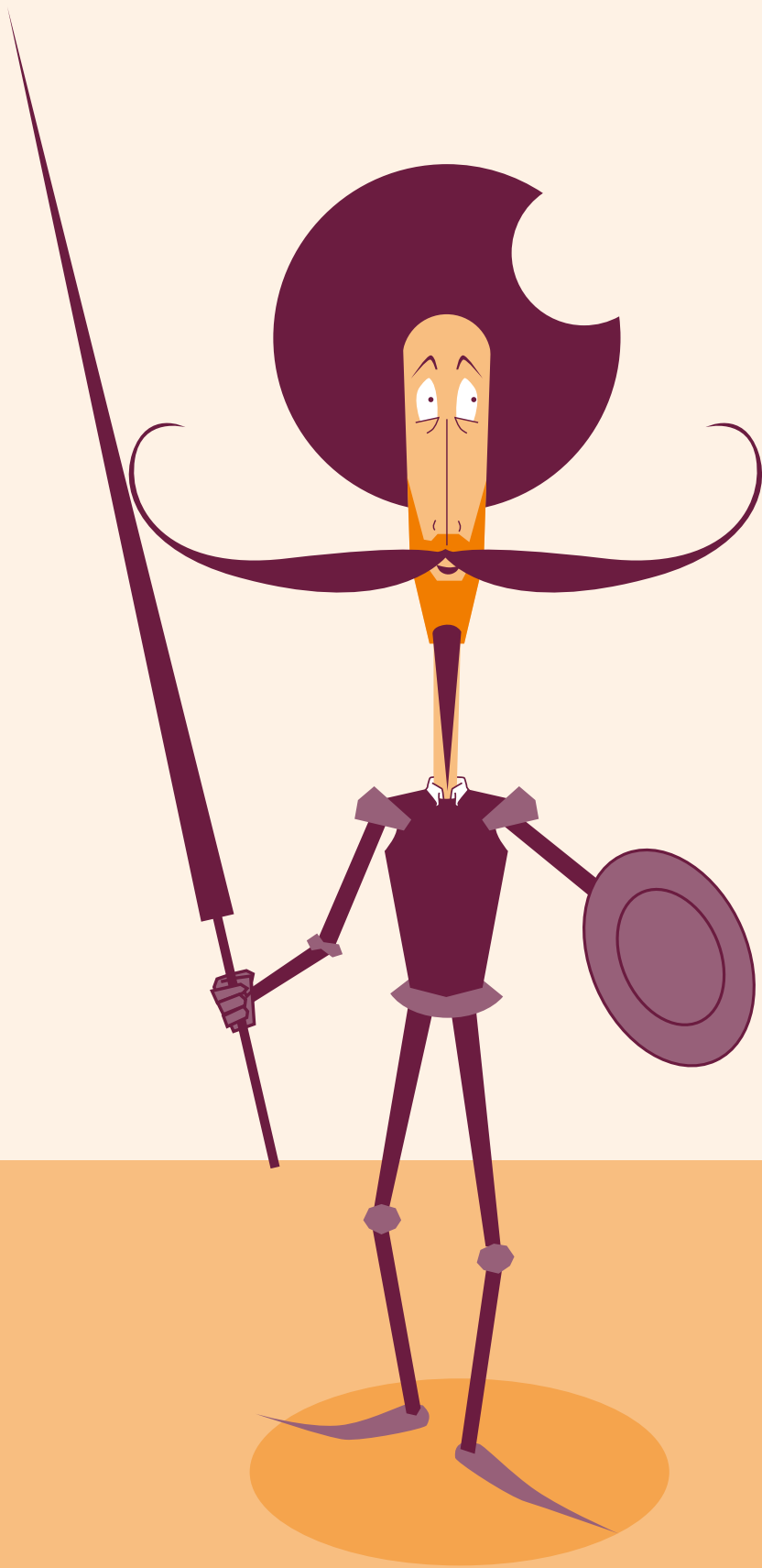
### **1.2.2. Don Quijote**

Cervantes se plantea el *Quijote* como una parodia de las novelas de caballerías, tan en boga en aquella época. Cervantes declara en el prólogo, en el final de la segunda parte y a lo largo de toda la novela, que su intención era hacer un parodia y una burla de las novelas de caballerías porque incitaban al ocio y a las malas costumbres, excitaban la fantasía irresponsable con sus inverosímiles aventuras y estaban mal escritas.

La acción principal del *Quijote* se constituye por las tres salidas que hace su protagonista, creyéndose caballero andante. En ellas recorre La Mancha, Aragón y Cataluña, buscando aventuras para probar su valor y merecer el amor de Dulcinea del Toboso, dama forjada por su imaginación. Estas "desventuras" de don Quijote y Sancho son las que dan sentido al libro. Van encaminadas a "desfacer entuertos" y a "arreglar el mal del mundo", y siempre se desarrollan con el mismo resultado: el FRACASO total y absoluto.

Finalmente, en Barcelona, don Quijote es vencido por el caballero de la Blanca Luna, su vecino Sansón Carrasco, disfrazado así para intentar que don Quijote recobre su cordura. Sansón Carrasco le impone la obligación de regresar a su pueblo. Física y moralmente derrotado, vuelve al lugar y allí muere cristianamente tras curar de su locura.

Don Quijote y Sancho son los antagonistas que crea Cervantes con el ánimo de oponer héroe y antihéroe: el idealismo del uno se opone al realismo del otro y sus objetivos son también muy diferentes, pues el hidalgo persigue conquistar el amor de su dama y el escudero aspira a convertirse en el gobernador de alguna ínsula. Si don Quijote es desprendido, generoso y virtuoso, Sancho es zafio, rícano y egoísta; si uno es caballero andante y valeroso, el otro es escudero y cobarde.



# 2

## Antes de la lectura

### 2.1. La aventura de leer el *Quijote*

Deberíamos comenzar por preguntar a los participantes en la animación: ¿por qué leer el *Quijote*?, y si alguno ha leído la obra o, al menos, algún episodio o adaptación de ella, intentar conocer el índice de satisfacción que obtuvo de esa lectura.

Realizaremos, por tanto, una especie de entrevista-charla-sondeo que nos refleje su situación y su predisposición respecto a la obra, sus conocimientos sobre el tema, personajes, su significado en la literatura y la cultura española, etcétera. El siguiente cuestionario puede servir como orientación:

1.- ¿Has leído el *Quijote*?

2.- En caso afirmativo, ¿cuándo?

3.- Lo has leído en:

- a) versión íntegra
- b) adaptación (versión resumida)

4.- ¿Has visto adaptaciones en:

- a) cine?
- b) TV?
- c) dibujos animados?
- d) cómics / tebeos ?

5.- Si has visto antes alguna adaptación (cine, TV, dibujos, cómics...)

¿te ha llevado a una posterior lectura de la obra completa?

6.- ¿Podrías citar seis personajes de la obra, exceptuando a don Quijote y Sancho? Si no recuerdas su nombre, puedes citarlos por su dedicación.

1:.....

2:.....

3:.....

4:.....

5:.....

6:.....

7.- Cita la aventura que más te haya gustado y explica por qué (divertida, dinámica, expresiva, original, emotiva...).

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

8.- ¿Crees que es una obra para ser leída a cualquier edad?

¿A partir de cuál te parece adecuada?.....

¿Por qué?.....

.....

.....

.....

.....

9.- ¿Por qué crees que Cervantes eligió La Mancha como escenario de las andanzas de don Quijote y Sancho?

.....

.....

.....

.....

10.- ¿Crees que es oportuna la celebración del IV Centenario de la aparición de la primera parte (1605) del *Quijote*?

¿Por qué? .....

.....

.....

.....

.....

Sugiere alguna actividad adecuada para dicha celebración:

.....

.....

.....

.....

.....

Tras este sondeo inicial, se les pedirá a los participantes en la animación que recaben información en distintas fuentes (manuales, lecturas, internet, etcétera) sobre el autor y la obra, y con la información recogida se planteará un diálogo sobre el hecho de que 400 años después de su publicación, la obra de Cervantes haya pasado del libro a la red y que tenga una abundante presencia en las últimas tecnologías, lo que significa que sigue gozando de la mayor actualidad y que, por encima de los soportes (papel, cable u ondas), el *Quijote* sobrevive a todos los tiempos convirtiéndose por ello en un clásico. **Aquí se podría hacer una breve referencia a qué es un clásico.**

Como colofón de esta actividad, sería interesante leer y comentar las *Instrucciones para olvidar el Quijote*, de Fernando Savater (Madrid: Santillana, 1995), y también se les puede dar a conocer los veinte argumentos que han ofrecido veintiocho Premios Cervantes dando respuesta a esta cuestión: ¿por qué leer hoy a Cervantes, por qué leer el *Quijote*?, recogidos en *Don Quijote de la Mancha*, edición de Fernando Gómez Redondo (Zaragoza: Edelvives, 2004).

Asimismo, ofreceremos a los participantes las siguientes reflexiones de Paul de Saint-Victor (“Don Quijote”, en VV. AA.: *Cervantes y «Don Quijote». Antología Crítica*. Zaragoza: Librería General, pág. 58) que, tras leerlas, comentaremos en grupo:

*Don Quijote nos emociona alegrándonos; se hace respetar en nosotros haciéndonos reír, y los más empedernidos burlones conduélense secretamente con sus infortunios. Es que el bravo caballero de La Mancha oculta el alma de un héroe bajo el traje de un loco, y sus actos más absurdos no son más que desviaciones de una idea sublime. Proteger a los débiles, castigar a los malvados, enderezar los yerros, aplastar los crímenes, ejercitar la magistratura de la espada salvadora y vengadora sobre todos los caminos de la vida humana; tal es el programa de su empresa.*

## **2.2. La aventura de leer un episodio del *Quijote***

Los capítulos seleccionados para esta guía de lectura son muy representativos en muchos aspectos, sobre todo respecto al personaje de don Quijote: su manera de confundir realidad y ficción, de embestir a los títeres, su nobleza posterior (no duda en pagar a Maese Pedro por el destrozo) y su intento de poner paz entre los dos bandos enfrentados, ponen de relieve algunos de los rasgos y atributos con los que el personaje se ha consolidado dentro del imaginario cultural colectivo, rasgos que seguramente los participantes a buen seguro conocerán y, lo que es más importante, reconocerán.

### **Actividades para los participantes:**

- Preguntar si conocen alguna aventura o algún episodio. Si es así se animará a que las cuenten en clase. Además, en este punto, el mediador deberá ejercer de organizador: tendrá que ubicar los episodios y las historias del libro que le cuenten los lectores, decir cuándo suceden, si se sitúan en la primera o la segunda parte, etcétera. Para ello, huelga decir que es imprescindible que el mediador conozca bien el libro pero, también, que disponga de una buena estructura general.

- Existen multitud de estudios y biografías en las que se da cuenta del ajetreado existir de Miguel de Cervantes. Remitimos al mediador a cualquiera de ellas, pero aquí sólo vamos a conocer un poco más al autor del *Quijote* a partir de su retrato (lo hemos reproducido en la página 8 de esta guía) y, sobre todo, de su autorretrato literario. Cervantes afirma en el prólogo de sus *Novelas Ejemplares* que Juan de Jáuregui había pintado su retrato. La Real Academia Española posee un discutido retrato de un hombre con golilla, en cuya parte superior se lee “D. Miguel de Cervantes Saavedra” y en la inferior “Juan de laurigui pinxit año 1600”, sobre cuya autenticidad se han emitido fundadas dudas. En la colección del Marqués de Casa Torres existe el retrato de otro hombre, también con golilla, que se ha supuesto que es el que pintó Juan de Jáuregui porque corresponde con la autodescripción de Cervantes en el prólogo aludido. Lo cierto es que esta descripción nos da una idea muy clara de cómo debió ser físicamente nuestro autor. Así se pintó con palabras:

*Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies. Éste digo que es el rostro del autor de La Galatea y de Don Quijote de la Mancha, y del que hizo el Viaje del Parnaso, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comúnmente*



*MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria.*

- Seguro que se ha estudiado la descripción y lo que es prosopografía y etopeya. Se les pedirá a los participantes que señalen cada uno de estos tipos descriptivos en el texto anterior.
- A partir del autorretrato de Cervantes, imagina que contemplas el retrato de don Quijote. Intenta describir qué es lo que ves a imitación de lo que hace Miguel de Cervantes.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

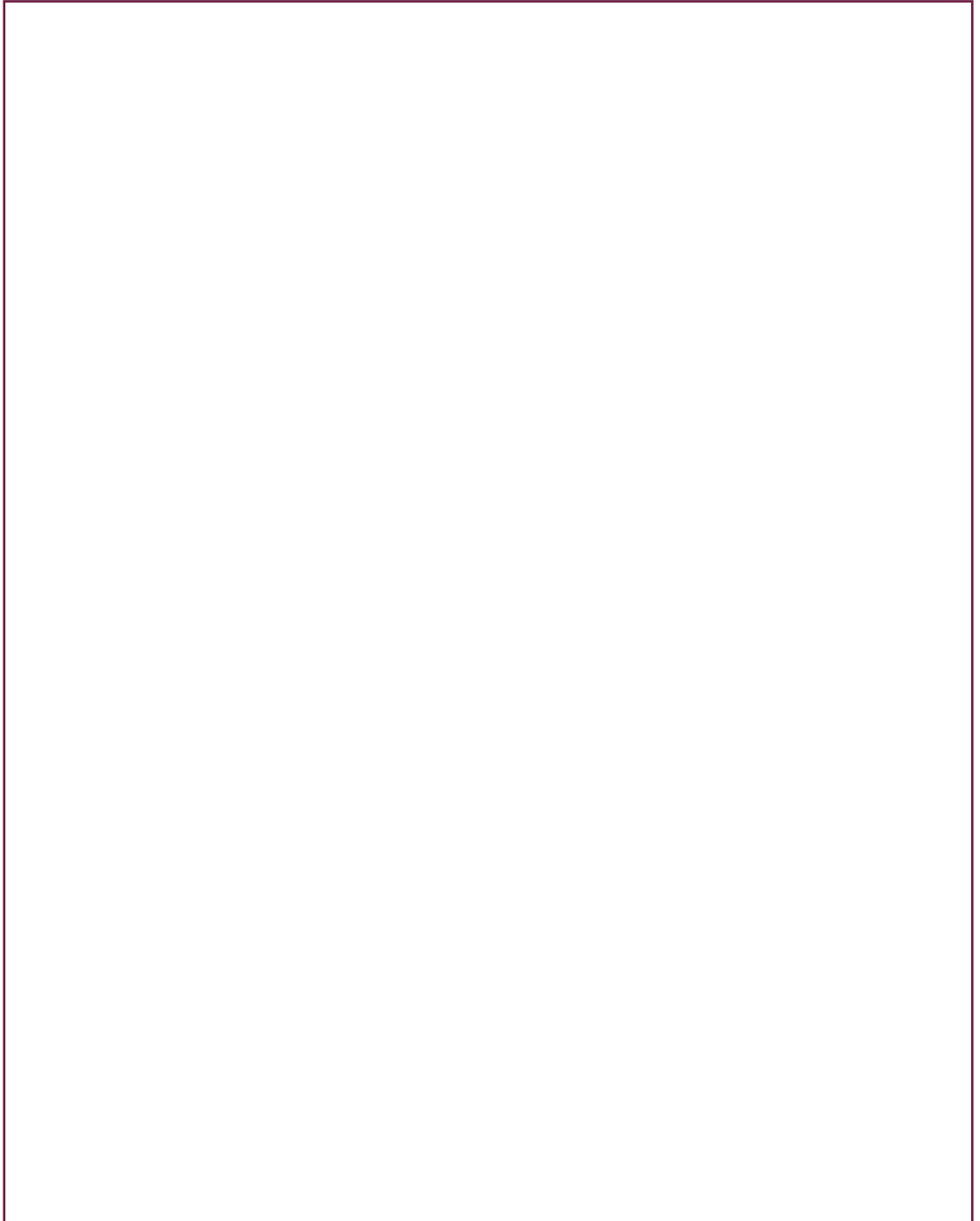
.....

.....

.....

.....

- ¿Por qué no intentar el propio autorretrato? Se puede hacer escrito, pintado o sumar los dos, para contrastar el resultado. Para realizarlo puedes recurrir a un espejo, a una foto o, si te acuerdas bien de cómo eres, hacerlo de memoria.





# 3

## LECTURA DEL EPISODIO DE MAESE PEDRO

(capítulos XXV, XXVI y XXVII  
de la segunda parte)

**3.1. Capítulo XXV: Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero,**

**con las memorables adivinanzas del mono adivino.**

**3.2. Capítulo XXVI: Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero,**

**con otras cosas en verdad harto buenas.**

**3.3. Capítulo XXVII: Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono,**

**con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno,**

**que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado.**



# 4

## Después de la lectura

### 4.1. Propuestas generales

Situar este episodio en el contexto de la segunda parte del *Quijote* realizando un breve recorrido por la misma (se puede recurrir a una edición escolar). También se podrán usar otros materiales, como los fragmentos en que aparezca en películas, composiciones musicales (Falla), grabados (Doré), etcétera.

Para controlar que los lectores hayan entendido lo narrado en el episodio, realizaremos el juego de verdadero/falso. Éstas pueden ser algunas preguntas; los propios alumnos pueden realizar otras a sus compañeros:

-Los hechos presentados transcurren en el castillo de los duques.

**V**

**F**

-La aventura del rebusno intercalada relata las pendencias de dos pueblos por apropiarse de un burro.

**V**

**F**

-Maese Pedro va relatando la historia mientras que Sancho mueve los títeres.

**V**

**F**

-Maese Pedro está enamorado de Melisendra.

**V**

**F**

-Maese Pedro destruye su retablo en mitad de la representación.

**V**

**F**

-Don Gaiferos va a rescatar a Melisendra.

**V**

**F**

### 4.1.1. La lengua

¿Cómo hablan los personajes del *Quijote*? Plantearemos la cuestión de manera que los asistentes adviertan algunas diferencias entre el español actual y la lengua en la época de Cervantes.

Les pediremos que realicen las siguientes búsquedas:

- a.** Palabras que se escriben de manera diferente a como se escriben ahora (por ejemplo, “**corónica**”).
- b.** Palabras que conocen pero que se usan con una acepción diferente (por ejemplo, “**retablo**”).
- c.** Palabras que conocen pero que no son muy usadas hoy porque se refieren a realidades anticuadas (por ejemplo, “**venta**”).
- d.** Palabras que no conocen: ¿son muchas? ¿Por qué creen que no las conocen? ¿Se refieren a costumbres y prácticas anticuadas? Consultando un diccionario podrán colocar las palabras que a continuación se relacionan en sus correspondientes campos semánticos (**Profesiones. Prendas de vestir. Monedas. Armas. Tejidos. Instrumentos**):

Lanzas, alabardas, jubón, medias, camuza, greguescos, tafetán, titerero, reales, adivino, caballero, paje, escudero, astrólogo, figureros, judicial, levantador, criado, atabales, trompetas, camisa, chilladores, faldellín, campanas, dulzainas, atambores, espada, ventero, apreciadores, arcabuces, lanzones, ballestas, partesanas, alabardas, picas, rodela, regidores, alcaldes.

Profesiones	Prendas de vestir	Monedas	Armas	Tejidos	Instrumentos

Hay muchas que hacen referencia a objetos que hoy no se usan y que se han convertido en piezas de museo. Indicar cuáles son. Hay otras, en cambio, que se refieren a realidades aún vigentes hoy, y para las que se puede buscar su correspondiente contemporánea. Indicar cuáles son.

.....

.....

.....

.....

.....

**e.** Busca en estos capítulos los sinónimos que encuentres de la palabra **asno**.

.....

**f.** Expresiones en desuso: por ejemplo, **“Dadme albricias”**; **“Al mismo duque de Alba se la guitarra para dársela al maese Pedro”**; **“por espacio de un credo”**. ¿Cómo las diríamos hoy? ¿A quién citaríamos hoy en vez de al “Duque de Alba”? ¿Por qué creen que se dice “Duque de Alba”?

.....

.....

.....

.....

**g.** Formas verbales chocantes (**“veer”**).

.....

**h.** Contracciones hoy en desuso (**“deste”**).

.....

**i.** Tratamiento que recibe don Quijote. ¿Cómo sería en la actualidad?

.....



#### 4.1.2. La ficción dentro de la ficción

Se trata de que los lectores perciban el juego narrativo, la presencia de una narración representada dentro de las aventuras del hidalgo manchego. Don Quijote, personaje de ficción contempla a otros personajes de ficción. A su vez, el propio titiritero, titerero, es fingido: el galeote Ginés de Pasamonte disfrazado de Maese Pedro.

Seguro que los alumnos conocen novelas o películas donde aparecen historias dentro de historias. Se les puede hablar de la técnica de las cajas chinas o de las muñecas rusas, y se puede pensar en mil obras en las que este recurso se utiliza, desde el *Hamlet* de Shakespeare (representación en la representación) hasta algunas películas de Woody Allen, pasando por *La historia interminable*, *El retablillo de don Cristóbal*, *Los intereses creados* y un largo etcétera en el que se incluye *El retablo de las maravillas*, del propio Cervantes.

Que los alumnos busquen ejemplos que serán objeto de comentario general.

¿Con qué intención usa Cervantes esta técnica? En este punto podremos reflexionar sobre uno de los temas fundamentales de la obra: la realidad y la fantasía.

Al tiempo, Cervantes plantea cómo contar una historia y nos ofrece unos consejos. ¿Cuáles son esos consejos? ¿Se pueden aplicar todavía hoy o sólo valdrían para el pasado? ¿Son los espectadores actuales como los que tenía Maese Pedro? Este apartado puede ser buena ocasión para plantear los cambios experimentados por el público a lo largo de los siglos. Por ejemplo ¿qué ocurriría si le pudiéramos poner a personas de la época una película con efectos especiales y todos los recursos actuales? Imaginemos cómo verían don Quijote y Sancho *El Señor de los anillos*. Por el contrario, llevemos a los lectores a la venta para que asistan a la representación de Maese Pedro, ¿se aburrirían?

Bueno será compararlos y sacar conclusiones.

## **4.2. Propuestas particulares**

### **4.2.1. Los personajes principales: don Quijote y Sancho**

#### **Actividades para los participantes:**

- En un pasaje del episodio se dice que unos hombres que encuentran a don Quijote se muestran “admirados con la admiración acostumbrada en que caían aquellos que la vez primera le miraban”. Explica por qué don Quijote provoca extrañeza.
- ¿Cuál es la primera reacción de don Quijote cuando se entera de que el mono es adivino? ¿Qué quiere saber?
- ¿Cuál es la reacción de Sancho cuando se entera de que el mono puede adivinar el presente? ¿Qué hace al respecto?
- ¿Son muy distintas sus reacciones? ¿Qué nos dicen acerca de los personajes, de su carácter?
- ¿Y cómo reaccionan uno y otro cuando el mono de Maese Pedro parece adivinar quiénes son? ¿Hay diferencias entre la actitud de Sancho y la de don Quijote?
- Más adelante, y hablando sobre el mono, hay una confusión debido a que el escudero confunde una palabra con otra. Di cuáles son estas palabras y comenta por qué las ha confundido y cómo responde su señor ante tal equivocación.
- Don Quijote interrumpe varias veces la representación del retablo de Maese Pedro con ciertas quejas. ¿De qué signo son dichas quejas?

- Don Quijote no sólo interrumpe la representación, sino que impide que ésta siga adelante.  
¿Qué hace exactamente?
- Ante el lamento de Maese Pedro por el destrozo llevado a cabo por don Quijote, es Sancho quien sale en defensa de su amo. ¿Qué argumentos usa para ello? Según estos argumentos, ¿qué concepto parece tener Sancho de su amo? ¿Y qué explicación da don Quijote a su comportamiento? ¿Es totalmente consciente de su error? Enumera los argumentos que usa.
- Al final, ¿cómo compensa don Quijote a Maese Pedro? ¿Acepta don Quijote de buen grado otorgarle esa compensación o se muestra reacio?

A lo largo de la novela se produce un doble proceso en los personajes mediante el cual los dos personajes van influyéndose mutuamente y se da una “quijotización” de Sancho y, a la inversa, una “sanchificación” de don Quijote; se produce una ósmosis, un cambio de características, ya que los rasgos característicos de un personaje van transformando al otro personaje. Al final de la obra, en el capítulo 74 “De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo y su muerte” podemos observar la “sanchificación” de don Quijote:

*Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.*

En el mismo capítulo también podemos apreciar la “quijotización” de Sancho cuando anima a don Quijote a vivir aventuras, pero Alonso Quijano rehúsa sus consejos y muere porque su vida ya no tiene sentido.

*Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación de que de mí se tenía.*

#### **4.2.2. Otros personajes: Maese Pedro y sus industrias**

##### **Actividades para los participantes:**

- Maese Pedro es el galeote Ginés de Pasamonte liberado por don Quijote y Sancho en el episodio de los galeotes. El mediador facilitará a los participantes en la animación el fragmento relativo a la descripción de este galeote que aparece en el episodio XXII de la primera parte. Obsérvese que es el único galeote que aparece individualizado.
- ¿Cómo habrá sido la vida de este personaje desde que se encontró con nuestros héroes a los pies de Sierra Morena hasta en reencuentro en la venta? Se remitirá a los participantes a que lean otros pasajes en los que aparece Ginés de Pasamonte para que comprueben si han acertado cómo fue la vida del galeote.
- El mono de Maese Pedro adivina el pasado, pero no el presente ni el futuro. ¿Qué explicación da a esa selectiva habilidad el propio Maese Pedro? ¿Y qué explicación se da luego en el texto? Se animará a los participantes en la animación a que busquen el fragmento del texto en que se explica el origen de tal habilidad. Sabiendo eso, ¿cómo se explica que el mono “supiera” quiénes son don Quijote y Sancho?
- ¿Cuál es la reacción de don Quijote cuando el mono “adivina” quiénes son? ¿Y la de Sancho? Buscar el pasaje concreto y comentarlo. Señalar asimismo si las reacciones de ambos personajes son muy distintas.

- Sobre los adivinos: ¿es un problema actual? ¿Sigue siéndolo? ¿Hay fraudes en ello como en la época de Cervantes? ¿Dicen la verdad o engañan, como el mono?

- No salen muy bien parados los adivinos en estos capítulos. En el texto se cuenta otro caso de fraude de adivinos. Buscar la historia y contarla en voz alta. Decir si se conoce algún caso similar.

- El dueño de la venta se ha dado cuenta de los engaños de Maese Pedro, ha descubierto su verdadera identidad y ha llamado a la justicia. Inventa una defensa de Ginés de Pasamonte.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

- Don Quijote impide que conozcamos el final de la obra que estaba llevando a cabo Maese Pedro. Dramatizar la historia representada en el retablo (ya que ésta es narrada y no dialogada). Escribir una obrita de teatro con ese argumento y darle un final. Para ello hay que tener en cuenta las diferencias entre narración y teatro así como las características de los textos dramáticos (diálogos, acotaciones, monólogos). Termínala intentando buscarle un final sorprendente.

- Maese Pedro quiere arreglar sus títeres: ayúdale a dibujar los bocetos de sus muñecos para que pueda seguir representando la obra.

Personaje:	Personaje:	Personaje:
------------	------------	------------

Personaje:	Personaje:	Personaje:
------------	------------	------------

## 5. Actividad final

Leídos y comentados los capítulos, y realizadas las actividades, ha llegado el momento de que los lectores, alumnos o participantes, valoren la actividad y hagan balance de si merece la pena o no haber dedicado un tiempo a la lectura de esta obra que tantas veces les han repetido que es inmortal pero que a ellos antes simplemente “los ponía a morir”. ¿Ha cambiado su actitud? Como el personaje de *Días de Reyes Magos*, de Emilio Pascual, seguirán repitiendo “¡Pero cómo se puede leer ese rollo!”, o estarán deseando leer la obra completa.

En cualquier caso, habrán visto que el Quijote “no muerde” y eso ya es importante.







Don't  
forget

*el ingenioso hidalgo don*

on quijote de la mancha

EDITA:

Servicio de Publicaciones.  
Universidad de Castilla-La Mancha.  
Directora: Carmen Vázquez Varela.

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

CIDI.Universidad de Castilla-La Mancha.

IMPRIME:

agsm

DEPÓSITO LEGAL:

CU-xxx-2005

Impreso en España – *Printed in Spain*

# EL RETABLO DE MAESE PEDRO

*(Capítulos XXV a XXVII, de la segunda parte de El Quijote)*

**Miguel de Cervantes**

Edición conmemorativa del Día Internacional del Libro

Cuenca, 23 de abril de 2005





## Capítulo XXV

*Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero,  
con las memorables adivinanzas del mono adivino*

NO SE LE COCÍA el pan a don Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas. Fuele a buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le había de decir después, acerca de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

-Más despacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuestra merced, señor bueno, acabar de dar recado a mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren.

-No quede por eso -respondió don Quijote-, que yo os ayudaré a todo.

Y así lo hizo, ahechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre a contarle con buena voluntad lo que le pedía; y, sentándose en un poyo y don Quijote junto a él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, a Sancho Panza y al ventero, comenzó a decir desta manera:



-«Sabrán vuestras mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta sucedió que a un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya, y esto es largo de contar, le faltó un asno, y, aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: “Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido”. “Yo os las mando y buenas, compadre -respondió el otro-, pero sepamos dónde ha parecido”. “En el monte respondió el hallador-, le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasión miralle. Quísele antecoger delante de mí y traérosle, pero está ya tan montaraz y tan huraño, que, cuando llegué a él, se fue huyendo y se entró en lo más escondido del monte. Si queréis que volvamos los dos a buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo”. “Mucho placer me haréis -dijo el del jumento-, e yo procuraré pagároslo en la misma moneda”. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores, a pie y mano a mano, se fueron al monte, y, llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro: “Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente; y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido”. “¿Algún tanto decís, compadre? -dijo el otro-; por Dios, que no dé la ventaja a nadie, ni aun a los mismos

asnos”. “Ahora lo veremos -respondió el regidor segundo-, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte”. A lo que respondió el dueño del jumento: “Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio”. Y, dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi a un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a buscarse, pensando que ya el jumento había parecido; y, en viéndose, dijo el perdidoso: “¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuzó?” “No fue, sino yo”, respondió el otro. “Ahora digo -dijo el dueño-, que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia”. “Esas alabanzas y encarecimiento -respondió el de la traza-, mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre; que por el Dios que me crió que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de la voz, a su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados, y, en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad”. “Ahora digo -respondió el dueño-, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que, puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba el extremo que decís”. “También diré yo ahora -respondió el segundo- que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas”. “Las nuestras -respondió el dueño-, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en éste

plega a Dios que nos sean de provecho”. Esto dicho, se tornaron a dividir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseño que, para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznase dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas, ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque, comido de lobos? Y, en viéndole, dijo su dueño: “Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero, a trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto”. “En buena mano está, compadre -respondió el otro-, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo”. Con esto, desconsolados y roncós, se volvieron a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos. Y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznase, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los natural es del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado a tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón han salido contra

los burladores los burlados a darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana o esotro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está a dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y, por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto.» Y éstas son las maravillas que dije que os había de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras.

Y con esto dio fin a su plática el buen hombre; y, en esto, entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos y jubón, y con voz levantada dijo:

-Señor huésped, ¿hay posada? Que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

-¡Cuerpo de tal -dijo el ventero-, que aquí está el señor mase Pedro! Buena noche se nos apareja.

Olvidábaseme de decir como el tal mase Pedro traía cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo, con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debía de estar enfermo; y el ventero prosiguió, diciendo:

-Sea bien venido vuestra merced, señor mase Pedro. ¿Adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

-Ya llegan cerca -respondió el todo camuza-, sino que yo me he adelantado, a saber si hay posada.

-Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor mase Pedro -respondió el ventero-; llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono.

-Sea en buen hora -respondió el del parche-, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuelvo a hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo.

Y luego se volvió a salir de la venta.

Preguntó luego don Quijote al ventero qué mase Pedro era aquél, y qué retablo y qué mono traía. A lo que respondió el ventero:

-Éste es un famoso titerero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de Melisendra, libertada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años a esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vio entre monos, ni se imaginó entre hombres, porque si le preguntan algo, está atento a lo que le preguntan y luego salta sobre los hombros de su amo, y, llegándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir; y, aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde; quiero decir, si responde el amo por él, después de haberle hablado al oído; y así, se cree que el tal maese Pedro esta riquísimo; y es *hombre galante*, como dicen en Italia y *bon compañero*, y dase la mejor vida del mundo; habla más que seis y bebe más que doce, todo a costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

En esto, volvió maese Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y, apenas le vio don Quijote, cuando le preguntó:

-Dígame vuestra merced, señor adivino: *¿qué peje pillamo?* ¿Qué ha de ser de nosotros? Y vea aquí mis dos reales.

Y mandó a Sancho que se los diese a maese Pedro, el cual respondió por el mono, y dijo:

-Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes, algún tanto.

-¡Voto a Rus -dijo Sancho-, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado!; porque, ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero, pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene.

No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo:

-No quiero recibir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios.

Y, dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y, llegando la boca al oído, daba diente con diente muy apriesa; y, habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fue maese Pedro a poner de rodillas ante don Quijote, y, abrazándole las piernas, dijo:

-Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería!; ¡oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!

Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y, finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo:

-Y tú, ¡oh buen Sancho Panza!, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y ésta es la

hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por más señas, tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo.

-Eso creo yo muy bien -respondió Sancho-, porque es ella una bienaventurada, y, a no ser celosa, no la trocara yo por la gigante Andandona, que, según mi señor, fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea a costa de sus herederos.

-Ahora digo -dijo a esta sazón don Quijote-, que el que lee mucho y anda mucho, vee mucho y sabe mucho. Digo esto porque, ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mismo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algún tanto en mis alabanzas; pero comoquiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre a hacer bien a todos, y mal a ninguno.

14

-Si yo tuviera dineros -dijo el paje-, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo.

A lo que respondió maese Pedro, que ya se había levantado de los pies de don Quijote:

-Ya he dicho que esta bestezuela no responde a lo por venir; que si respondiera, no importara no haber dineros; que, por servicio del señor don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo. Y agora, porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer a cuantos están en la venta, sin paga alguna.

Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fue hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser a propósito que un mono adivinase, ni las de por venir, ni las pasadas cosas; y así, en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró don Quijote con Sancho a un rincón de la caballeriza, donde, sin ser oídos de nadie, le dijo:

-Mira, Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto, tácito o espreso, con el demonio.

-Si el patio es espeso y del demonio -dijo Sancho-, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero, ¿de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios?

-No me entiendes, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y después que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende. Y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino a las cosas pasadas o presentes, y la sabiduría del diablo no se puede estender a más, que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que a solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para Él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente. Y, siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo; y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan, ni saben alzar, estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo, echando a perder con sus mentiras e ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia.



De una señora sé yo que preguntó a uno destes figureros que si una perrilla de falda pequeña, que tenía, si se empreñaría y pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. A lo que el señor judicial, después de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaría, y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condición que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día, o de la noche, y que fuese en lunes o en sábado; y lo que sucedió fue que de allí a dos días se murió la perra de ahíta, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judicial, como lo quedan todos o los más levantadores.

-Con todo eso, querría -dijo Sancho- que vuestra merced dijese a maese Pedro preguntase a su mono si es verdad lo que a vuestra merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdón de vuestra merced, que todo fue embeleco y mentira, o por lo menos, cosas soñadas.

-Todo podría ser -respondió don Quijote-, pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escúpulo.

16

Estando en esto, llegó maese Pedro a buscar a don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo; que su merced viniese a verle, porque lo merecía. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego a su mono le dijese si ciertas cosas que había pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas o verdaderas; porque a él le parecía que tenían de todo. A lo que maese Pedro, sin responder palabra, volvió a traer el mono, y, puesto delante de don Quijote y de Sancho, dijo:

-Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas o verdaderas.

Y, haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y, hablándole, al parecer, en el oído, dijo luego maese Pedro:

-El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vio, o pasó, en la dicha cueva son falsas, y parte verisímiles; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en cuanto a esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viernes venidero responderá a todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene.

-¿No lo decía yo -dijo Sancho-, que no se me podía asentar que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad?

-Los sucesos lo dirán, Sancho -respondió don Quijote-; que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no las saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra. Y, por ahora, baste esto, y vámonos a ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

-¿Cómo alguna? -respondió maese Pedro-: sesenta mil encierra en sí este mi retablo; dígoles a vuesa merced, mi señor don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis*; y manos a labor, que se hace tarde y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.

Obedecieronle don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del maese Pedro, para

servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenía una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salían.

Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó a decir lo que oirá y verá el que le oyere o viere el capítulo siguiente.

## Capítulo XXVI

*Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero,  
con otras cosas en verdad harto buenas*

CALLARON todos, tirios y troyanos; quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo:

-Esta verdadera historia que aquí a vuestras mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos, por esas calles. Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza; y vean vuestras mercedes allí cómo está jugando a las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está a las tablas don Gaiferos,  
que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona en la cabeza y ceptro en las manos, es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohíno de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir; y adviertan con la vehemencia y ahínco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el ceptro media docena de coscorriones, y aun hay autores que dicen que se los dio, y muy bien dados; y, después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

«Harto os he dicho: miradlo».

Miren vuestras mercedes también cómo el emperador vuelve las espaldas y deja despechado a don Gaiferos, el cual ya ven como arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y a don Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana, y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes, dice que él solo es bastante para sacar a su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y, con esto, se entra a armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestras mercedes los ojos a aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida a lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía a mirar el camino de Francia, y, puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No veen aquel moro que callandico

y pasito a pasito, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da a escupir, y a limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también cómo aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña; el cual, por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad,

con chilladores delante  
y envaramiento detrás;

y veis aquí donde salen a ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa; porque entre moros no hay «traslado a la parte», ni «a prueba y estése», como entre nosotros.

-Niño, niño -dijo con voz alta a esta sazón don Quijote-, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas o transversales; que, para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas.

También dijo maese Pedro desde dentro:

-Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado; sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

-Yo lo haré así -respondió el muchacho; y prosiguió, diciendo-: Esta figura que aquí parece a caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiferos, a quien su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante, se ha puesto a los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún

pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dicen:

Caballero, si a Francia ides,  
por Gaiferos preguntad;

las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; basta ver cómo don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da a entender que ella le ha conocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcón, para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas, ¡ay, sin ventura!, que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y, sin mirar si se rasgará o no el rico faldellín, ase della, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego, de un brinco, la pone sobre las ancas de su caballo, a horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, a causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías. Veis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. ¡Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes! ¡Lleguéis a salvamento a vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje! ¡Los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días, que los de Néstor sean, que os quedan de la vida!

Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo:

-Llaneza, muchacho; no te encumbres, que toda afectación es mala.

No respondió nada el intérprete; antes, prosiguió, diciendo:

-No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

-¡Eso no! -dijo a esta sazón don Quijote-: en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate.

Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar y dijo:

-No mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso, corren felicísimamente su carrera, y se escuchan no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que, como yo llene mi talego, si quiere represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

-Así es la verdad -replicó don Quijote.

Y el muchacho dijo:

-Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban. Ténome que los han de alcanzar, y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.



Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda a los que huían; y, levantándose en pie, en voz alta, dijo:

-No consentiré yo en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la batalla!

Y, diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y, con acelerada y nunca vista furia, comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél, y, entre otros muchos, tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo:

-Deténgase vuesa merced, señor don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta. ¡Mire, pecador de mí, que me destruye y echa a perder toda mi hacienda!

Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dio con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras: el rey Marsilio, mal herido, y el emperador Carlomagno, partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la ventana, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás

había visto a su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco don Quijote y dijo:

-Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer, de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; a buen seguro que ésta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

-¡Vivan en hora buena -dijo a esta sazón con voz enfermiza maese Pedro-, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fui señor de España...  
y hoy no tengo una almena  
que pueda decir que es mía.

No ha media hora, ni aun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y, sobre todo, sin mi mono, que a fe que primero que le vuelva a mi poder me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos, y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas; y en mí solo ha venido a faltar su intención generosa, que sean benditos y alabados los cielos, allá donde tienen más levantados sus asientos. En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías.

Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole:

-No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

-Con que me pagase el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye.

-Así es -dijo don Quijote-, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro.

-¿Cómo no? -respondió maese Pedro-; y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo?, y ¿cúyos eran sus cuerpos sino míos?, y ¿con quién me sustentaba yo sino con ellos?

-Ahora acabo de creer -dijo a este punto don Quijote- lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlomagno Carlomagno: por eso se me alteró la cólera, y, por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto; si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y, con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco a pagárselo luego, en buena y corriente moneda castellana.

Inclinósele maese Pedro, diciéndole:

-No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores, entre vuesa merced y mí, de lo que valen o podían valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego maese Pedro alzó del suelo, con la cabeza menos, al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:

-Ya se vee cuán imposible es volver a este rey a su ser primero; y así, me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

-¡Adelante! -dijo don Quijote.

-Pues por esta abertura de arriba abajo -prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno-, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

-No es poco -dijo Sancho.

-Ni mucho -replicó el ventero-; médiase la partida y señálensele cinco reales.

-Dénselo todos cinco y cuartillo -dijo don Quijote-, que no está en un cuartillo más a menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

-Por esta figura -dijo maese Pedro- que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

-Aun ahí sería el diablo -dijo don Quijote-, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos, en la raya de Francia; porque el caballo en que

iban, a mí me pareció que antes volaba que corría; y así, no hay para qué venderme a mí el gato por liebre, presentándome aquí a Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene a mano, ahora holgándose en Francia con su esposo a pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo a cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana. Y prosiga.

Maese Pedro, que vio que don Quijote izquierdeaba y que volvía a su primer tema, no quiso que se le escapase; y así, le dijo:

-Ésta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían; y así, con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado.

Destá manera fue poniendo precio a otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros, con satisfacción de las partes, que llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y, además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

28

-Dáselos, Sancho -dijo don Quijote-, no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo ahora en albricias a quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono -dijo maese Pedro-, pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar a que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos.

En resolución, la borrasca del retablo se acabó y todos cenaron en paz y en buena compañía, a costa de don Quijote, que era liberal en todo extremo.

Antes que amaneciese, se fue el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido, se vinieron a despedir de don Quijote el primo y el paje: el uno, para volverse a su tierra; y el otro, a proseguir su camino, para ayuda del cual le dio don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver a entrar en más dimes ni diretes con don Quijote, a quien él conocía muy bien, y así, madrugó antes que el sol, y, cogiendo las reliquias de su retablo y a su mono, se fue también a buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía a don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien, por orden de su señor, y, despidiéndose dél, casi a las ocho del día dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir; que así conviene para dar lugar a contar otras cosas pertenecientes a la declaración desta famosa historia.



## Capítulo XXVII

*Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono,  
con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebusno,  
que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado*

ENTRA Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: «Juro como católico cristiano...»; a lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que, así como el católico cristiano cuando jura, jura, o debe jurar, verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decía, como si jurara como cristiano católico, en lo que quería escribir de don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro, y quién el mono adivino que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que bien se acordará, el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte, a quien, entre otros galeotes, dio libertad don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fue mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y



mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, a quien don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fue el que hurtó a Sancho Panza el rucio; que, por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender a muchos, que atribuían a poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero, en resolución, Ginés le hurtó, estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero; que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo.

Sucedió, pues, que de unos cristianos ya libres que venían de Berbería compró aquel mono, a quien enseñó que, en haciéndole cierta señal, se le subiese en el hombro y le murmurase, o lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, o de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y a qué personas; y, llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra, proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato, según tomaba el pulso a los preguntantes; y como tal vez llegaba a las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le

preguntasen nada por no pagarle, él hacía la seña al mono, y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él. Otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y, como nadie le apuraba ni apretaba a que dijese cómo adivinaba su mono, a todos hacía monas, y llenaba sus esqueros.

Así como entró en la venta, conoció a don Quijote y a Sancho, por cuyo conocimiento le fue fácil poner en admiración a don Quijote y a Sancho Panza, y a todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si don Quijote bajara un poco más la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono.

Y, volviendo a don Quijote de la Mancha, digo que, después de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí a las justas. Con esta intención siguió su camino, por el cual anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó a Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vio al pie della, a su parecer, más de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces, y muchas rodela. Bajó del recuesto y acercóse al escuadrón, tanto, que distintamente vio las banderas, juzgó de los colores y notó las

empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte o jirón de raso blanco venía, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde  
el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo a Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía escrito. Díjole también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron; pero que, según los versos del estandarte, no habían sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza:

-Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo a ser alcaldes de su pueblo, y así, se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto más, que no hace al caso a la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes o regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan a pique está de rebuznar un alcalde como un regidor.

Finalmente, conocieron y supieron como el pueblo corrido salía a pelear con otro que le corría más de lo justo y de lo que se debía a la buena vecindad.

Fuese llegando a ellos don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera, con gentil brío y continente,

llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército, por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vio tan atentos a mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y, rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

-Buenos señores, cuan encarecidamente puedo, os suplico que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza a mi lengua.

-Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo:

-Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión la de favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos. Días ha que he sabido vuestra desgracia y la causa que os mueve a tomar las armas a cada paso, para vengaros de vuestros enemigos; y, habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningún particular puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordóñez de Lara, que retó a todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dolfos había cometido la traición de matar a su rey; y así, retó a todos, y a todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenía para qué retar a los muertos, a las aguas, ni a los panes, ni a los que estaban por nacer, ni a

las otras menudencias que allí se declaran; pero, ¡vaya!, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar a reino, provincia, ciudad, república ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir a la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque, ¡bueno sería que se matasen a cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más a menos! ¡Bueno sería, por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches a cualquier pendencia, por pequeña que fuese! No, no, ni Dios lo permita o quiera. Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey, en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen a tomar las armas; pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más, que el tomar venganza injusta, que justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen; mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos

que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegaros.

-El diablo me lleve -dijo a esta sazón Sancho entre sí- si este mi amo no es tólogo; y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro.

Tomó un poco de aliento don Quijote, y, viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara si no se pusiere en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, diciendo:

-Mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el Caballero de la Triste Figura y ahora se llama el Caballero de los Leones, es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña; y así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren; cuanto más, que ello se está dicho que es necesidad correrse por sólo oír un rebuzno, que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese a la mano, y con tanta gracia y propiedad que, en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y, aunque por esta habilidad era envidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites. Y, porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar: que, una vez aprendida, nunca se olvida.

Y luego, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan recia-mente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto a él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que, sin ser poderoso a otra cosa, dio con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vio tan malparado a Sancho, arremetió al que le había dado, con la lanza sobre mano, pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle; antes, viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabu-ces, volvió las riendas a Rocinante, y a todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón a Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo a cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho; y a cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba.

38 Pero los del escuadrón se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle; pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vio que Sancho venía, y atendióle, viendo que ninguno le seguía.

Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y, por no haber salido a la batalla sus contrarios, se volvieron a su pueblo, regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos,









Este libro se terminó de imprimir  
el día 23 de abril de 2005.  
Día Internacional del Libro



**Universidad de Castilla-La Mancha**  
**Servicio de Publicaciones**

Vicerrectorado de Extensión Universitaria  
Campus Universitario. 16071 Cuenca  
España - Spain

Tel: +34 969 197 100

Fax: +34 969 179 111

E-mail: [publicaciones@uclm.es](mailto:publicaciones@uclm.es)

Consulte nuestro catálogo actualizado en:  
<http://www.uclm.es/publicaciones>

**Distribución**

**BREOGÁN**

C/ Lanuza, 11. 28028 Madrid  
España - Spain

Tel: +34 917 259 072 - Fax: +34 917 130 631

<http://www.breogan.org> E-mail: [breogan@breogan.org](mailto:breogan@breogan.org)

**BITÁCORA, Servicios Editoriales**

C/ Olzinelles, 5. 08014 - Barcelona  
España - Spain

Tel: +34 934 222 215 - Fax: +34 934 321 493

[distribitacora@telefonica.net](mailto:distribitacora@telefonica.net)

Distribución para Cataluña y extranjero

Distribución en internet:

<http://www.puvill.com/unives.html>

